

AMOR EN EL OTOÑO DE LA VIDA

Mi compañero, de 54 años, se había ido para siempre, dejándome 5 hijos.

Muchos recuerdos de apoyo incondicional, enseñanzas de vida, amor y dedicación. Disfrutamos de viajes, celebraciones y vida cotidiana.

Los hijos ya maduros, algunos con más éxito que otros, en lo que el mundo considera exitoso, pero todos con una vida rica en búsqueda permanente de su destino.

Estaba jubilada desde algunos años. Había disfrutado de mi profesión, profesora de inglés.

El tiempo, ese viajero implacable que va a nuestro lado, me iba dejando plata en el cabello y debilidad física. Pero también sabiduría, serenidad.

El aprendizaje eterno de la vida que va dando frutos.

En estas circunstancias, una amiga me invita a participar en un taller de cuentos. Al comienzo escribíamos micro ficción, después cuentos cortos, crónica y poesía. Yo estaba fascinada porque siempre admiré a Rimbaud, Whitman, la Pizarnik, Huidobro, Parra, la Mistral, Neruda... siempre Neruda.

En el taller tomé contacto con un compañero en quien admiraba su espiritualidad, generosidad y la buena pluma que reflejaba en sus textos.

Él me empezó a invitar a tomar un cafecito después del taller. En otra

ocasión me llevó al Cine Club, que él pertenecía. Nuestra amistad crecía en admiración, afinidad y cariño. Un día me invitó a cenar a un restaurant muy elegante. Ese día nos dijimos todo lo que teníamos guardado en nuestro interior...nos amábamos. Nunca olvidaré el beso apasionado que nos dimos en el auto al despedirnos...

Tuvimos una celebración simbólica con la familia y una ceremonia religiosa con los amigos.

Vivimos juntos desde hace tres años. Estamos disfrutando del fruto

maduro del amor. Nos hemos propuesto trascender el tiempo cronológico, aunque sabemos que este es el último resplandor.